

Homilia del Tercer Domingo de Cuaresma (C)

Mons. Felipe J. Estévez
Obispo de San Agustín, Florida

En el camino de la vida, pasan imprevistos, situaciones que no esperábamos tal como la pérdida de un trabajo, de pronto surge una seria enfermedad, o a veces ocurre una catástrofe como un maremoto o un ciclón devastador, como fue recientemente Debbie, o antes Katrina, pues aun todos recordamos estas terribles imágenes devastadoras...que nadie se imaginaba iban a suceder.

El Evangelio de hoy nos muestra una conversación de Jesús con un grupo de personas en Galilea que le hablan de estos imprevistos o desgracias humanas que estaban ocurriendo en su comunidad. Es sorprendente la respuesta de Jesús que les dice: Cuidado!...cuidado! Si ustedes no se arrepienten de sus maldades les puede pasar lo mismo!

Es lo mismo lo que San Pablo le dice a los Corintios, reflexionando sobre las pruebas del pueblo de Israel: “todo esto sucedió como advertencia para nosotros, a fin de que no codiciemos cosas malas como ellos lo hicieron...todas estas cosas le sucedieron a nosotros ante pasados como un ejemplo para nosotros y fueron puestas en las Escrituras como advertencia para los que vivimos en los últimos tiempos”. 1 Cor. 10, 10-12.

Jesús nunca es superficial y su palabra penetra en lo más profundo del ser humano. Él tiene el poder para que los oyentes piensen y tomen sus vidas en serio. Ya que en realidad debido a nuestra fragilidad cualquier imprevisto puede suceder y poner nuestras vidas en peligro. Jesús nos dice a nosotros hoy: no se queden en sus comentarios sobre las desgracias humanas de los demás pongan más bien su atención en la conversión de sus vidas para estar fuertes en afrontar cualquier prueba en el porvenir.

Jesús va a lo profundo y conoce el drama del ser humano. A veces delante de una epidemia como el Sida, o las hambrunas en África alguien pudiera llegar a pensar: ¿no será esta desgracia un castigo de Dios? Sin darse cuenta que casi se imaginan a un Dios vengativo pero Jesús revela lo opuesto: Dios es compasivo y misericordioso. Dios quiere que todos se salven en comunidad. Desea que el pecador se convierta y que viva. Dios envía a Moisés a liberar a su pueblo de la opresión del Faraón para “llevarlo a una tierra buena y espaciosa, donde la leche y la miel corren como el agua”. Ex. 3, 8.

Los padres de familia saben bien que en la educación de sus hijos a veces tienen que **advertirles** de posibles peligros: si no hacen las tareas, no sacarán buenas notas; si no respetan las leyes del tráfico, podrían tener accidentes; si mienten, los demás no confiarán en su palabra.

En el evangelio de hoy, Jesús nos advierte que si nuestras vidas son como ese árbol de la higuera, nos quedamos estancados en lo mismo. No podemos permitir quedarnos insensibles a la oportunidad que el Evangelio nos ofrece para un cambio favorable, para una vida mejor y más verdaderamente feliz.

Recientemente a uno de mis amigos tuvo una caída, perdió el conocimiento y sufrió serias heridas. Lo llevaron al hospital. La recuperación fue muy lenta. Llegó a pensar que desgraciado era pero el estar largas horas en el hospital descubrió la importancia de la oración por los demás y llegó a entender esta enfermedad como la mano de Dios que le ayudaba a tener una nueva solidaridad con los demás especialmente los enfermos.

Miremos con atención esta parábola campestre que Jesús nos cuenta. El dueño de la vina representa a Dios Padre y el labrador a Cristo. El labrador intercede en nuestro favor para darnos la oportunidad de hacer de este árbol---nuestras vidas---fecundo en buenas obras, buenos frutos que es el deseo de Jesús para nosotros los cristianos, sus seguidores: dice el Maestro “quiero que que den frutos en abundancia”.

Jesús disfrazado de Labrador quiere aflojar la tierra, echarle abono, quitar las yerbas o sea, él desea que nuestras vidas sean más fervorosas, con más tiempo a la oración, que muestren más cuidado del prójimo que sufre, que exista más unión entre nosotros, más diálogo y comunicación entre los esposos y entre los padres e hijos. Cuando le damos tiempo a comunicar, se resuelven los conflictos entre nosotros tenemos más paz y nos llevamos mejor con todos.

En la misa dominical, Dios reúne a su familia, domingo tras domingo, porque sabe que alejados de Dios no podemos caminar en el buen camino. Cuando escuchamos su palabra, esta pasa del oído al Corazón y allí sana nuestras rebeldías y egoísmos. El banquete de la Eucaristía nos invita a que Jesús mismo entre dentro de nosotros y nos de fuerza para trabajar juntos y construir con los demás un Reino de justicia y de paz.

Mons. Felipe J. Estevez

Obispo de San Agustín, Florida